



Mensaje pastoral sobre las detenciones y deportaciones masivas en El Paso
Vivid como hijos de la luz, porque la luz produce toda bondad, justicia y verdad. (Efesios 5, 8-9)

En este tiempo sagrado de Cuaresma, Dios nos invita a acompañar a Jesús sufriente en su camino hacia la Cruz y a una nueva vida en la Resurrección. Por esta razón, aprovecho esta oportunidad para dirigirme a todos los fieles de nuestra comunidad católica de El Paso, y en particular a las familias inmigrantes.

El pueblo de Dios comenzó como un pueblo en movimiento. En las Escrituras Hebreas, encontramos a Abraham y a los profetas, gente de la tienda, obligados a desplazarse por el hambre, la sequía y el conflicto, y siempre en camino hacia la libertad. En los Evangelios, encontramos a Jesús como un niño que vivía en el exilio y como adulto, sin un lugar donde reposar la cabeza. En su ministerio, Jesús llamó a sus seguidores a acompañarlo en el camino, y los cristianos siempre hemos sido un pueblo en movimiento.

Juntos hemos trabajado para forjar un hogar común. Construir comunidad en la frontera siempre ha sido un acto de esperanza, ya sea contra la sequedad del desierto o contra los miedos artificiales de quienes son diferentes. La fiesta que celebramos siempre ha sido una danza que desafía la división y la muerte, un recordatorio de nuestra esperanza eucarística.

En los últimos meses, he escuchado sus miedos, sufrimientos y preocupaciones sobre la deportación. He escuchado historias de familias separadas y de miembros que han sido separados de nuestra comunidad. Secuestran a personas al salir de los tribunales de inmigración en el centro. Secuestran a trabajadores de obras de construcción por toda la ciudad. Madres y padres ya no pueden trabajar porque el gobierno les ha retirado sus permisos de trabajo legal. Mujeres jóvenes se consumen en tortura mental durante meses en centros de detención privados, incluso cuando, coaccionadas por las condiciones de su encarcelamiento, ruegan ser deportadas. Muchas personas se ven obligadas, una vez más, a sentirse menos que estadounidenses. La gente está muriendo en el centro de detención de inmigrantes Camp East Montana.

A quienes sufren odio y discriminación y temen lo que pueda suceder, sepan que la Iglesia los apoya. Como su Obispo llevo su dolor a diario en mi corazón y en mis oraciones. Estoy con ustedes. Nuestro Santo Padre, el Papa León XIV, me pidió personalmente estar en solidaridad con las familias migrantes que sufren y que no permaneciera callado. Haré todo lo posible por defender la dignidad que Dios les dio a cada persona en nuestra comunidad fronteriza.

Nuestra Iglesia Católica de El Paso redoblará sus ministerios con quienes trabajan en el juzgado del centro, en los centros de detención, en Ciudad Juárez y con las familias de nuestras parroquias. Seguiremos celebrando sus contribuciones a nuestra comunidad, defendiendo su dignidad humana y trabajando para erradicar el racismo y hacer realidad la reforma migratoria.

Tengo la suerte de tener muchas amistades con nuestros agentes locales de policía y de inmigración. Su trabajo de mantener a nuestra comunidad segura es vital. Pero la muerte de quienes se encuentran en centros de detención migratoria es inaceptable. Un sistema migratorio injusto que conduce a consecuencias mortales destruye nuestra humanidad compartida. Nadie tiene que obedecer una orden inmoral. Imploro a todos los involucrados que discernan cuidadosamente los requisitos morales del Evangelio en este momento con integridad y honestidad. Cuando nos quitamos las máscaras y nos encontramos como vecinos, podemos recuperar nuestra dignidad común. Prometo el apoyo pastoral de nuestros sacerdotes, capellanes y el mío propio mientras abordan las exigencias de la conciencia con sinceridad. Ustedes también están en mis oraciones.

Las deportaciones masivas no harán que nuestras comunidades sean más seguras. Separan a las familias, dividen a los vecinos y amenazan nuestro bienestar económico. Si bien necesitamos reformas migratorias significativas, es una injusticia que las familias, los niños y las personas vulnerables paguen el precio de nuestra inacción. Las políticas, las leyes y las fronteras deben estar siempre al servicio de la dignidad humana, la auténtica seguridad comunitaria y el desarrollo humano.

Por estas razones debo dejar en claro, la actual campaña nacional de detenciones masivas y las deportaciones son un grave mal moral, una situación a la que hay que oponerse con oración, acciones pacíficas y actos de solidaridad con los afectados. En estos actos, tocamos las heridas de Jesucristo, y en esta solidaridad, llevamos adelante la esperanza de la Resurrección. Dios está del lado de la justicia, y al caminar hacia la Pascua, sabemos que Dios está forjando una nueva humanidad que refleja sus bendiciones para todos.

Finalmente, pido a toda nuestra comunidad diocesana, a nuestro clero, a nuestros religiosos y religiosas, a nuestros estudiantes y profesores católicos, a todos nuestros fieles católicos y a todas las personas de conciencia y buena voluntad que se unan a mí y al obispo Celino mientras oramos y marchamos por el fin de las detenciones masivas y deportaciones y pedir respeto por la vida humana a las 6 de la tarde del martes 24 de marzo en la Plaza de los Lagartos en el centro. Pido a todos los que gozan de los privilegios de ciudadanía estadounidense para participar, como un acto de solidaridad cuaresmal con aquellos que no pueden marchar y rezar con nosotros, porque tienen miedo.

Que María de Guadalupe, que nos interpela a construir una casa común de ternura y de amor, ruegue por nosotros.

Ordeno que esto se lea en todas las iglesias parroquiales y capillas durante las Celebraciones Eucarísticas del Domingo del 15 de Marzo de 2026. Dado el mismo día, IV Domingo de Cuaresma, en la Catedral de San Patricio.

✠ Mark J. Seitz
Bishop of El Paso

Patricia Lopez Rueda
Canciller